

Horas de oficina:

DE ONCE A CUATRO

LOS DÍAS NO FERIADOS

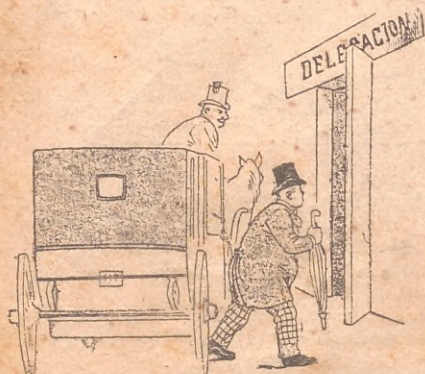
Demi-Monde

Administradores

F. BUENO Y COMPAÑIA

PONTEJOS, 10

Precio de suscripción: una peseta mensual, con derecho cada mes á un tomo de la BIBLIOTECA DEMI-MONDE



1.—Buena, nunca ha sido buena... ¡pero escaparse mi Elena!



2.—No sospecho, no, señor, si le hay, quién es el autor.



3.—No habiendo siquiera un dato hay asunto para rato.



4.—¡Vayan ustedes á ver dónde estará esa mujer!



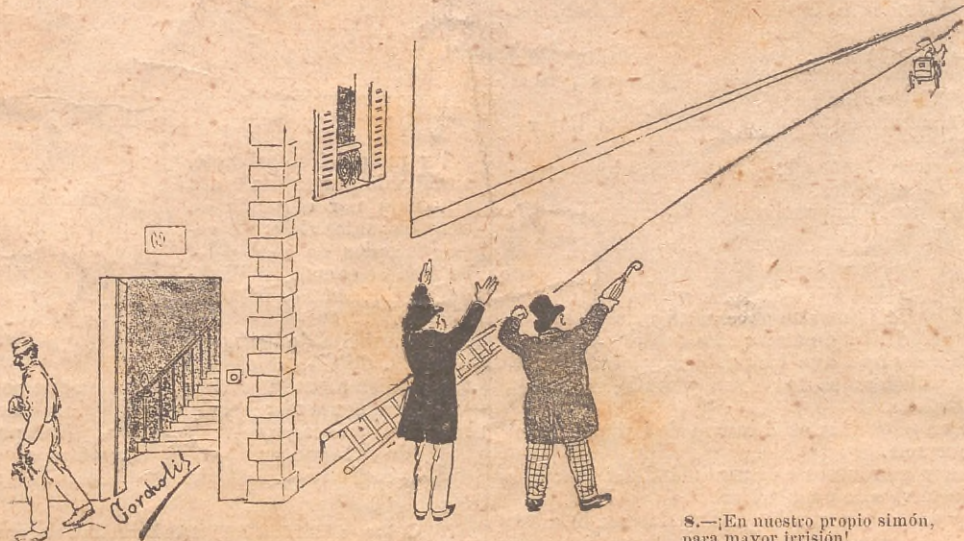
5. Por sospechas del marido llegan á dar con el nido.



6. Pero huyen los criminales casi en trajes naturales.



7. Y al entrar la autoridad no se advierte novedad.



8.—¡En nuestro propio simón, para mayor irrisión!



Ya han llegado á París las primeras avanzadas de extranjeros y extranjeras.

La vida del *demi-monde* civilizado se encuentra en la capital de los franceses.

—¡Qué pueblo aquél! exclamaba un caballero que ha recorrido todo París en tres días, y que, por consiguiente, le conoce como su propia fisonomía; entra usted en un olivar y sale de otro olivar, y así correlativamente.

—Eso ya lo había dicho el Tato; que en París todo era un «jolvivar.»

Que es á lo que los franceses denominan *boulevard*.

En la Exposición de París faltará algo.

Siempre se olvida algún accesorio.

Una sección destinada á instalación de mujeres hermosas; un certamen de bellezas del país y extranjeras.

Es lástima que, cuando todas las naciones civilizadas concurren, oficial ó particularmente, á la Exposición, y exhiben sus productos naturales, los de su industria, de sus artes, de su imaginación, de su talento, de su espíritu comercial, los elementos de su fuerza material y aun de su importancia en el mundo; cuando todo esto hacen, no envíen muestrario de sus mujeres.

Producto el mejor, estéticamente considerado entre todos los productos, y del cual aspiramos todos los hombres á ser factores.

Es una falta que notarán los extranjeros, y aun los franceses, en la Exposición.

Mucho más visible en este certamen universal, en que han de figurar hasta los productos taurinos de España.

Las corridas de mojiganga que han de verificarse en París, si el tiempo no lo impide, durante la Exposición, equivalen á unos cuantos escaparates con toreros de todas las armas, colocados en alguno de los pabellones de la nación española.

Es decir, que habrá exposición de toreros.

¡Cuánto más hubieran agradecido los concurrentes á la Exposición que les hubieran expuesto unos cuantos miles de kilos de mujeres hermosas!

Esto dicho sin ofender á nuestros primeros *diestros*, y sin menoscabo de nuestras costumbres.

¡Qué verano tan triste para los vecinos inamovibles de Madrid!

Porque es lo que me decía una de las más aplaudidas señoritas de *compagny*:

—¿Qué se van á hacer aquí los cuatro zapateros que quedan? Todas nos vamos á la Exposición: unas han ido para la *apertura* y las más, ya abiertas todas las secciones.

Aquí nos quedan y las quedan el Jardín del Buen Retiro, el teatro Felipe, el de Maravillas, el del Príncipe Alfonso, el Circo Hipódromo, el de Parish y el Juicio oral, que supongo que continuará siquiera hasta que vuelvan á abrir sus puertas los teatros de invierno.

Y novilladas, que también habrá, aunque no sea más que para atender al entretenimiento de la afición en Madrid, mientras los primeros espadas de *l'Europe* funcionan en París.

Con eso, los toros ya lidiados, en bufo, en aquel circo cuatro ó seis veces, pueden servir para que los toreen aquí los jóvenes novilleros, si hay medio de embolar á los *bureles*, sin detrimento de sus queridos pitones.

Que pudiera muy bien inventarlo algún «hombre de ciencia», así como ha inventado otro unas banderillas de fuego científicas.

La noticia de este invento suspende los ánimos.

Los enemigos de las corridas de toros, por creerlas funciones bárbaras y contrarias al movimiento científico de los pueblos, habrán podido convencerse de su error.

Un científico, supongamos, que dedica su actividad y su ingenio á un asunto al parecer baladí, pero en el fondo tan importante para el porvenir del toreo, merece admiración y elogio.

¡Los malos ratos y las amarguras que habrá pasado hasta llegar á la solución del problema!

Y, por fin, si, como aseguran algunos periódicos ilustrados de puntas, lo ha conseguido, del mal el menos.

¡Qué verdad es que el *pogreso* se impone!

Todos los lugares de España tienen un patrón, ni más ni menos que las modistas para hacer prendas de moda; sólo que estas prendas suelen parecerse á los patrones más que los pueblos, y si no, dígalos Madrid, que teniendo por patrón un santo de reja y arado, es el pueblo menos agricultor de España.

La pradera del Santo, en estos días, es el campo de la igualdad, el cuartel general de la democracia.

No importa que duques y marqueses concurren á desvirtuar esta denominación, á eclipsar este viso de popularidad.

Un conde aquí, un barón allá y otros dos títulos, formando entre los cuatro un cuadro perfecto, son elegantes adornos para recrear la

vista de un enyesado albañil ó de un tiznado carbonero, que en compañía de su hembra echa una cana al aire.

Los bailes improvisados y el *tío Vivo* son los dos recreos más característicos de la pradera. Del primero puede gozarse *gratis* y el segundo cuesta diez céntimos dar varias vueltas en la máquina; y por tan poca cosa será una tacañería que dejéis, hermosas muchachas, de columpiaros, haciendo círculos concéntricos al compás de la *murga*, que cuando se la ve tiene *¡got* y clarinete, y cuando se la oye no aparece más que el pom-pom del bombo, y el chín-chín de los destemplados platillos.

P.



FAMILIAS PREDESTINADAS

Tuvo seis hijas don Mariano Rojo, y un hijo que, al nacer, resultó cojo. La esposa de Mariano era Teresa, que fué, desde muchacha, muy obesa; tal, que al mes de casada, se temían que estaba embarazada, y embarazada ya fuera de cuenta, aun cuando él defendía á su parienta. De la paz del hogar buenos testigos eran varios amigos á quienes recibía y distinguía y su esposa también los recibía (y que esto no es hablar con ligereza), como las seis muchachas, con franqueza. Sucedió, según cuentan los autores, que á las chicas salieron seis señores, es decir, seis amigos que pensaron en las seis, y los seis se declararon... Hasta aquí no iba mal; y muy contento el padre deseaba el casamiento. de cada cual de aquellas criaturas, pobres y desgraciadas como puras. Pero un traidor amigo, al hallarse vacante, quiso hacer del buen Rojo un enemigo, y de la esposa fué rendido amante. Parecía esto el colmo porque en aquella casa, á troche y moche (consonante obligado aquí y en Stokolmo) no había más que amor desenfrenado en las horas del día y de la noche. Pero hubo más; y fué, que un ciudadano que vino de la América á un asunto, y trajo una visita á don Mariano, un día, estando sólo con el chico, quiso llevar al chico á cierto punto, enamorado de él como un borrico. (Entiendan las personas más formales: de sus prendas morales, y dije enamorado, hablando en un sentido figurado.) A todo esto decía el jefe de la casa:—Es tontería; si está de Dios que sea, el hombre más de bien muge y cornea.»

E.



UNO DE TANTOS (1)

EN un precioso gabinete, alumbrado por la luz opaca que pasa por el tamiz de unos elegantes *stores* de encaje forrados de seda color de rosa, se encuentra Virtudes, la *horizontal* de moda en Madrid.

Alta, esbelta, de líneas armónicas, de formas elegantes, lo mismo puede pasar por francesa que por española.

Ligeramente morena, de ojos que sin ser negros lo parecen, de mirada melancólica y profunda, es una beldad peligrosa.

Todo es lujoso y rico en aquella estancia.

Los muebles son elegantes y cómodos. En adorable desorden, obe-



(1) Del tomo LIX de la Biblioteca DEMI-MONDE, que acaba de publicarse con el título de *Conde de Cabra*.

deciendo sólo al capricho de su dueña, véñse por todas partes infinidad de chucherías, profusión de flores y plantas raras.

Sin guardar simetría, cuelgan de las paredes óleos y acuarelas.

Al través de magníficos cortinajes se ve la alcoba, donde hay una riquísima cama de laca, muy baja, muy ancha, como un gran diván estilo oriental, con pieles alrededor y varios muebles coquetos.

Para tener ingreso en aquellas habitaciones, digno estuche de aquella perla, se necesita llave de oro.

En el momento en que pongo á mis lectores en relación con esta sacerdotisa de Venus, se encuentra indolentemente reclinada en una butaca y profundamente pensativa.

De sus reflexiones la sacó bruscamente un personaje que, á juzgar por la manera franca que tuvo de presentarse, debía entrar allí siempre como dueño.

Es un hombre en quien desde luego se descubre la marca infalsificable del aristócrata de nacimiento y de porte arrogante.

—¿Eres tú, Conde? pregunta Virtudes tendiéndole una mano, que él besa apasionado.

—Aquí me tienes, contesta él, sentándose á su lado.

—Perdona que te haya llamado con tanta premura, pero te necesito hoy más que nunca.

—¿Pues qué te pasa? ¿Qué quieres?

—Que me quieras.

Y Virtudes, al decir esto, rodeó con sus brazos, llena de coquetería, el cuello del Conde.

—Siempre te he querido más de lo que mereces.

—Obras son amores.

—Pues bien, habla.

Y el Conde, estrechando en sus manos las de Virtudes, fijó en ella sus ojos, en los que brilló una mirada de pasión.

—Mira, Enrique, conozco que no eres un hombre independiente y libre; que el día que de mí te hasties me abandonarás como se abandona un mueble que ya no nos sirve; comprendo que no soy sola en la posesión de tu cariño, y esto me tiene contrariada, celosa si quieres.

—¿Celosa!... ¿de quién?

—De tu mujer, que me han dicho que es hermosísima.

—Pues te han engañado. Mi esposa, educada conventualmente, no tiene atractivos de ningún género, sin que por esto deje yo de quererla, pero con ese afecto que nos inspiran los seres sencillos y vulgares, exento de todo amor, de toda pasión. En cuanto á ti, no sé por qué, quizá porque no debo, porque nunca he debido hacerlo, te he colocado sobre todo lo que he querido, sobre lo que he debido querer exclusivamente.

Mi fortuna, pasando de mis manos á las tuyas, se derrite como el metal en el crisol; antes de conocerte vivía acumulando rentas; ahora, merced á ellas, te presentas en los teatros deslumbradora de lujo y radiante de hermosura; tus trajes, tus adornos y tus trenes, son objeto preferente de todas las conversaciones en los altos círculos. ¿Qué más quieres?

—Ya te lo he dicho: que me quieras.

—¿Deseas más pruebas de mi cariño?

—Sí; por lo pronto, tengo empeño en que comas hoy conmigo. Nos servirán tu plato predilecto, espárragos. Después de comer hablaremos más de esto.

—Concedido; pero escribiré á mi mujer para que no me espere.

—No me opongo; allí tienes recado de escribir.

Entonces el Conde escribió la carta que acabó de decidir á su esposa á abandonar su casa.



TENORIO DE PUNTAS

EGURAMENTE no se hubiera cambiado nuestro hombre por el sultán de Turquía.

Y no le faltaba razón para estar orgulloso. Ha toreado ya algunas corridas de esta temporada, los aficionados le han tocado las palmas, y algunas aficionadas se disputan su amor.

Una carta perfumada le ha hecho abandonar, antes de la hora de costumbre, la tertulia del café, donde se sigue discutiendo si los toros portugueses lidiados hace dos semanas fueron malos ó buenos.

Se dirigió á una calle donde vive gente rica, sin embargo de ser poco concurrida.

Se aproximó á una puerta cochera; y obedeciendo, sin duda, á indicaciones de la carta, dió con los nudillos en ella cinco golpes.

Rechinó de una manera leve un cerrojo, y se abrió un postigo de la ancha puerta.

El interior estaba densamente oscuro, y el Tenorio de coleta adelantó una mano, que tropezó con otra gordita, suave, pequeña, delicada. Extendió después otra mano, y aquella tropezó con un seno.

Pero ¡qué seno!

¡Qué voluptuosidad!

¡Qué encanto!

Anduvo un poco, conducido por aquella mano gordita.

Sintió después un ruido semejante al de la puerta de un carruaje que se abre.

—¡Ah, ahí dijo en aquel momento una voz áspera. ¡Ya sabía yo que había de cogerte!

La manecita suave y mórbida soltó la del galán, y el crujir de una falda de mujer indicó que su propietaria se alejaba á la carrera.

Un garrotazo que, como si hubiera sido un rayo, cayó sobre sus espaldas, le hizo dar un graznido.

Saltó atrás con violencia, y al dar contra la pared, volvió á rebotar. Sintió cerca de él, sobre la pared, otro garrotazo, y el pavor le dió tiento para poderse escurrir sin tropezar.

La misma voz bronca y grosera seguía lanzando improperios, y continuaba el ruido de los garrotazos.

Al atravesar el desdichado torero, en su huida, por un patio, vió aparecer, como un fantasma, una mujer, que al notar la presencia de un hombre, empezó á gritar:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

El alboroto que se movió á consecuencia de esto, fué mayúsculo.

Después de buscar inútilmente á los malhechores, el dueño de la casa preguntó al cochero, que era el de los garrotazos:

—Vamos, Juan, á ver si explicas algo de lo que aquí ha pasado.

—Yo, señor, soy el marido de mi mujer.

—Adelante.

—Y ya creía que había atrapado á mi hombre... sí, señor, sí á un mequetrefe que he de comerme crudo; porque mi mujer...

—¿Cómo que tu mujer!

—Mi mujer, con el pretexto de que la señora la ocupa hasta muy tarde para que le cuente cuentos, no viene á mi cuarto hasta cerca del amanecer; y como ella sabe que nadie se queda en las cocheras...

—¡Eh! ¿Qué?

—Que me parece que mi mujer tiene citas en el landó.

—¿Tú estás loco, Juan!

—¿Cómo loco, señor? Yo he dado á un individuo extraño un garrotazo como para él solo.

—Vamos, Juan, pon eso en claro con tu mujer, pero sin maltratarla; que se acabe esta situación enojosa.

—Muy bien, señor; ya sabe usted que yo le obedezco en todo; pero como atrape al mono ése, no respondo de mí.

Entretanto el émulo de *Guerri* estuvo escondido detrás de una tinaja hasta las siete de la mañana que, abierta la puerta principal, pudo salir de su escondrijo.

Y cuando por la tarde le preguntaron algunos camaradas por qué tenía tan mala cara, contestó muy ufano:

—Las mujeres, que vuelven á uno loco, aunque no quiera.

B.

UNA CHICA POÉTICA

Loca por mí, se lo contaba á todos:

«sin él la vida es para mí un suplicio;

le quiero con el alma, no por vicio;

es mi vida, mi encanto;

habrá quien quiera, pero nadie tanto.

El dice que me quiere, y tengo miedo

de que me engañe un día.»

Y la pobre muchacha se moría,

y estuvo á punto de perder un dedo;

uno de los que usaba si cosía.

El suyo no era amor, era locura;

¡las horas que pasábamos juntos!

Era un ángel aquella criatura,

y sus padres también unos benditos,

libres de esas vejeces

de guardar á las chicas como perros,

y nos dejaban solos muchas veces.

Tanta facilidad, tanta ternura,

produjeron, por fin, su resultado.

La muchacha era pura,

yo estaba ya picado,

y un día, no sé cómo, casualmente,

los dos nos abusamos mayormente.

Continuando su curso los sucesos,

no sé por qué refinamos;

los dos nos despedimos

y terminó el amor con sus excesos.

Por más que ella, gritando, me decía:

—Sé que voy á ser madre cualquier día,

pero nada me importa...

y es claro que, á la larga ó á la corta,

no hay mujer que se libre, salvo alguna...

Y ella, al año, lograba esa fortuna,

pues me escribió ofreciéndome la cría,

por ver si yo la declaraba mía.

A lo cual contesté: —«Raro es el caso,

pero no quiero chicos con retraso.»

P.



BURLA BURLANDO

¡Lo del Santo!

No se alarmen ustedes.

Es el título de un libro dedicado á la colonia trashumante, ó, si se quiere, á los extranjeros que prefieren Madrid y San Isidro á París y Eiffel.

En el libro hay para todos los gustos.

Y monos para dar y tomar, hiperbólicamente hablando.

Conque agarrarse, chachos, y compradle.

En un círculo donde se tira de la oreja á Jorge encuentra un señor á otro, que le merecía el concepto de honrado, y le dice:

—¡Cómo! ¿Usted jugando á juegos de azar?

—¡Quiá, hombre! Esto no es juego de azar; aquí no se gana nunca.

—o—

Lastimó Socorro á Blas con un hueso al darle un beso, y él dijo, echándose atrás:
—Yo quiero carne sin hueso, aun cuando me cueste más.

—o—

—Nada, me voy á París mañana.

—¿Pero sola?

—No me *debutarán*. ¿Qué quieres que haga? El se ha marchado por unos días, según dijo, y yo me aburro.

—¿Y si no le encuentras?

—¿Qué habré perdido? Veo la Exposición, y si hay algo que me guste, lo compro.

—¿Algo?

—Bien, mujer, algo ó alguien.

—¿Y si encuentras á tu Ricardo con otra?

—Me traduzco á un francés barato.

—o—

—¿Ya sabe usted que me he casado?

—¡Hombre, á su edad!

—¡Si es por tener con quien hablar en las noches de invierno!

—o—

—Papá, ¿qué dice el gato en su maullido?

—Hija, pide en idioma desconocido.

—Pero... ¿qué pide?

—Pues le dice á tu abuela que no le olvide.

—o—

—¿Y te has casado? pregunta una señorita *comunal* á una discípula.

—¿Y qué querías que hiciera? Me dejó el conde; me abandonó el capitán; aquel muchacho escritor, lo mismo. Conque al verme sin los tres, he tomado uno fijo, á diario, sin perjuicio de asistir á algún turno.

—o—

—¡Mi mujer me anuncia que está en estado interesante, cuando hace un año que no la veo! decía un matemático á un compañero suyo.

—¡Hombre, no te apures! le contestó; también los ciegos tienen hijos.

—¡Es que estoy ausente de su lado doce meses!

—¡Entonces... tú planteas los problemas y ella los resuelve!

—o—

Ciego quedé al mirarte, dueño querido; bien pudieras servirme de lazarillo.
Y en este caso, lo que perdió la vista ganará el tacto.

—o—

Disputaban dos empleados en un centro oficial, acerca de la corrida verificada el domingo.

—Le digo á usted que fueron unos toros de primera.

—Y yo le digo á usted que fueron bueyes.

—¡Usted es un animal!

—¡Y usted un pillo!

El jefe (interviniendo): —¡Eh, caballeros! ¿Se han olvidado ustedes de que yo estoy aquí?

—o—

—Por lo menos, esa chica tuvo un novio en Gibraltar.

—¿Y dice usted «por lo menos»? Eso será por lo más.

—o—

La señora de L... llama al médico, asegurándole que está muy mala.

El médico llega, y pregunta:

—¿Come usted bien?

—Sí, señor.

—¿Duerme usted bien?

—Sí, señor.

—¿Digiere usted bien?

—Perfectamente.

—¿Le duele á usted algo en este momento?

—Ahora, no.

—Bueno, bueno, dice el doctor. Ya veremos de que desaparezca todo eso.

—o—

Háblase de una señora que va á volverse á casar.

—Es natural, añade una amiga. Tiene dos maridos de su primer hijo!

E. RUBIÑOS. IMPRESOR. MADRID.



«¡Mi vida, mi corazón!
Lejos de mi Encarnación
paso una vida cruel!»
—¡Si vieras el papel,
cómo me pilla el bribón!

Tomos publicados.

- I. Il far niente.
- II. La Colegiala.
- III. En la misma tronera.
- IV. A salto de mata.
- V. Por un lunar.
- VI. Las niñas frágiles.
- VII. ¡No abuse usted!
- VIII. Reservado de señoras.
- IX. Un cuarteto peligroso.
- X. Los tres besos.
- XI. Pensión française.
- XII. ¡No me toque usted!
- XIII. Estaba escrito.
- XIV. Una señorita del coro.
- XV. Cuando ellas quieren...
- XVI. Cinco minutos en globo.
- XVII. Amor sáfico.
- XVIII. Errar el golpe.
- XIX. Las tres píldoras.
- XX. El forasterito.
- XXI. ¡Ponte la peluca!
- XXII. Amor libre.
- XXIII. La cortesana de Smirna.
- XXIV. El polvo del camino.
- XXV. Las gemelas.
- XXVI. Entre dos fuegos.
- XXVII. La niña rubia.
- XXVIII. Entremeses.
- XXIX. Dos enteros y un quebrado.
- XXX. El mono sabio.



BIBLIOTECA

Demi-Monde

Acaba de publicarse el tomo 59, titulado

Conde de Cabra.

Tomos publicados.

- XXXI. El hijo del destino.
- XXXII. La tuna.
- XXXIII. La reina de las peras.
- XXXIV. La vaina del espadín.
- XXXV. Tres eran tres...
- XXXVI. La Giralda.
- XXXVII. Foblas II.
- XXXVIII. El instrumento.
- XXXIX. Un conejo para dos.
- XL. Las de Garabattillo.
- XLI. Virgo y Capricornio.
- XLII. Consuelos conyugales.
- XLIII. Los polvos de Quiroga.
- XLIV. Las cantonales.
- XLV. Dos primos.
- XLVI. Refugio de pecadores.
- XLVII. La primera fresa.
- XLVIII. La noche de novios.
- XLIX. Figuritas de barro.
- L. Entrar con todas.
- LI. Los caprichos de Conchita.
- LII. Las medias rojas.
- LIII. ¡Usted no es hombre!
- LIV. Carambola conyugal.
- LV. Memorias de un cochero.
- LVI. Cornelio.
- LVII. Carne morena.
- LVIII. Carne blanca.
- LIX. Conde de Cabra.